

DEBATE

La retirada de los intelectuales

Roberto Follari *

Resumen:

La ciencia está afectada por el proceso creciente de mercantilización, como lo muestra la pretensión de la OMC de declararla servicio no regulable por los Estados nacionales. Tal situación se ubica dentro de la fuerte pérdida de peso de la ciencia y la filosofía, en sociedades posmodernas que rechazan la fundamentación; a la vez que los periodistas se convierten en los nuevos líderes de opinión. Es la condición de abstracción que el mundo financiero establece en la economía, la que lleva a una consecuente desmaterialización en lo intelectual, con el consiguiente abandono del conflicto y del filo crítico.

Palabras-clave:

Enseñanza superior. Intelectuales. Educación-Aspectos sociales. Ciencia.

* Doutor em Psicologia. Faculdade de Ciências Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza (Argentina).

A retiradas dos Intelectuais

No podemos menos que mostrarnos sumamente preocupados: la Asamblea sobre Educación Superior organizada por Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y reunida en París en el año 2003 mostró que no sólo la Organización Mundial del Comercio pretende mercantilizar por completo la educación. También UNESCO – reconocida históricamente por una postura más distante de lo inmediato, y que no solía subordinar la educación a la economía – vira en la misma dirección, aun cuando lo haga de una manera más sutil y solapada. Es así que en el primer artículo de la Declaración final de dicha Asamblea, se lee que “la educación es un bien social y *global*...”. Quizás cupiera una interpretación ingenua de dicho agregado a las formulaciones habituales sobre educación, pero en el ambiente neoliberal en ciernes (y las tendencias de mercantilización generalizada bajo hegemonía estadounidense que se desnudan en proyectos como el ALCA), la frase resulta inequívoca: se trata de presentar a la educación como un *bien transable*, como una función no regulable por las legislaciones de los Estados nacionales, de tal modo sometida sin ningún tipo de limitaciones a los designios internacionales del mercado.

La aparentemente inocente inclusión del término “global” significa nada menos que la pretensión de que los Estados nacionales carecerían de jurisdicción para operar sobre procesos educativos que se desarrollan en su propio territorio, en tanto habría un derecho previo, supuestamente *natural* de los ciudadanos, para acceder a cualquier opción educativa a la que se tuviera llegada. Según esta curiosa versión, la activación de la soberanía estatal en estos casos sería una interferencia a la libertad individual (siempre entendida como libertad de mercado), y por lo tanto implicaría un atentado coercitivo contra los ciudadanos.

Tan mercantil idea sobre la educación implica que quien más dinero tenga, más opciones podrá desplegar como ofertas a nivel internacional, entendido ya lo educativo como un mercado donde se desea cosechar clientes a los fines de obtener ganancias y –por qué no – configurar conciencias. De tal modo, es obvio desde qué países se orientaría entonces la educación a nivel planetario, con una peligrosa tendencia a eliminar los arraigos nacionales, y una puesta de la educación al servicio no del

cumplimiento de un derecho social, sino de la ganancia de los más fuertes en la concentrada composición del capital a nivel mundial.

El pretexto que se ha encontrado para justificar esta embestida fuertemente ideológica contra el sentido de la educación como acceso a cultura y a valores, está puesto en las nuevas tecnologías de la información, especialmente Internet. En tanto por este medio difícilmente puedan ponerse controles nacionales al acceso a ofertas educativas a distancia, se pretende que es una especie de *fatalismo tecnológico* el que hubiera que “adaptarse” a la nueva situación y aceptar como válidas cualesquiera ofertas, vinieran de donde vinieran. Lo falaz de tal argumento podemos destacarlo en dos planos diferentes pero convergentes en sus resultados: desde lo operativo, sin dudas que es posible para cualquier Estado soberano definir qué titulaciones acepta y cuáles no (al margen de que las personas puedan acceder por Internet a múltiples ofertas, no hay por qué aceptar la validez oficial de todas). No hay en esto ningún *determinismo*.

Pero además, en el plano de lo conceptual, es por completo inaceptable pretender que lo tecnológico decide sobre las formas de organización social, y no a la inversa. Esto implicaría, en términos de Habermas(1982), poner el interés técnico por encima del práctico (poner los medios por encima del pensamiento sobre los fines). Y ya Marx (1982) con su teoría del fetichismo había mostrado sobradamente cómo los frutos de la actividad del hombre se le presentan luego a éste como si fuesen autónomos de él, como si fuesen parte de un proceso natural o de un destino fatal. Pero tal cosa no deja de ser una inversión de los términos en que se producen los procesos reales: son los seres humanos los que hacen la historia. De tal modo, la tecnología no es más que una de esas realizaciones de los seres humanos, que de ningún modo se le puede imponer a éstos como si portara una necesidad ineluctable.

Lo cierto es que la evidente falacia del argumento en favor de la educación superior mercantilizada no deja de hacerlo preocupante, ya que su pregnancia no deviene de su calidad argumentativa, sino de los poderes que respaldan ese escuálido argumento. Y tales poderes no son nada menores, si es que han llegado a inclinar a la Asamblea de la UNESCO a una declaración tan parcial y desafortunada. Declaración que – dicho sea de paso – fue duramente cuestionada por la delegación argentina a esa reunión, la cual estuvo compuesta por diversos rectores de universidades

estatales, y presidida por el entonces Secretario de Políticas Universitarias de esa nación, Dr. J. Pugliese.

El claro cuestionamiento de la delegación argentina hacia esta abierta pretensión de mercantilizar la educación ha conllevado una carencia: su muy escasa difusión. En vez de volverse una bandera asumida mayoritariamente por la comunidad universitaria nacional o latinoamericana (la noción de “comunidad” es sólo descriptiva, en realidad los conflictos internos difícilmente permitieran entenderla como tal), lo cierto es que muy pocos docentes y alumnos han sabido de la cuestión, con lo cual este plan de mercantilización avanza, basado en la inconciencia que a su respecto tienen la gran mayoría de los actores del sistema educativo, incluidos los del nivel superior universitario.

El universo mediático

En tiempos en que florecen situaciones tan peligrosas como la antes descrita, estamos a la vez incluidos dentro de un universo que se articula con el de la mercantilización generalizada, pero conlleva una relativa autonomía respecto de él: se trata del auge massmediático en curso. No es necesario acudir a demasiados autores (basta recordar a Baudrillard (1988), a Lipovetski (1994), a Vattimo de *La sociedad transparente* (1991)) para advertir el peso que la cuestión tiene en las literaturas social y filosófica contemporáneas, ligado a la importancia que la presencia mediática viene teniendo en la conformación de los “patterns” perceptivos e interpretativos de la población en la actual sociedad.

Siendo así, este mundo de la imagen total – enormemente hegemonizado por la televisión y por la pantalla en sus diversas formas – ha emergido como reemplazo de aquél que fuera compuesto sobre todo a partir de la letra, en el que se daba el consiguiente predominio de la reflexión sobre la sensibilidad inmediata, y el del orden abstracto sobre las impresiones de la percepción.

Este predominio de la imagen sobre el pensamiento, viene a establecerse sobre una condición de la cultura que ya previamente a tal auge mediático se establecía con caracteres “posmodernos”. Es decir, que tendía a repeler el método y lo sistemático, que mostraba su hartazgo por la ciencia y la técnica en lo que tienen de alejamiento del cuerpo y de la Naturaleza, y que implicaba gusto por lo episódico y lo fragmentario, en

contra de las tendencias totalizantes que fueron propias de la modernidad, vigentes por tanto hasta fines de la década de los setentas del siglo XX.

Mucho se ha escrito al respecto, a fines de explicar el colapso de las promesas de la modernidad, y su aparente agotamiento: lo cierto es que la caída de las expectativas respecto del Iluminismo se da a la vez respecto de los intelectuales, quienes son funcionarios del saber sistemático, y por ello están totalmente ligados en su prestigio al que tal promesa iluminista pudiera sostener.

Es obvio que esta caída de los intelectuales está aún en curso, y que la conciencia a su respecto no siempre es clara en los universitarios. Pero lo cierto es que en tiempos de desfundamentación ya no se requiere de grandes marcos integradores, y lo impactante suele reemplazar con ventaja a lo razonable, y más aún al tedio que acompaña a ciertas interpretaciones científicas. En tiempos de vértigo, no hay paciencia para escuchar explicaciones que apelan a términos desconocidos y razonamientos de difícil secuencia.

Los intelectuales están cada vez más reemplazados por los periodistas, que son quienes producen opinión pública a través de los grandes medios. Tales periodistas a veces apelan al apoyo de intelectuales, pero éstos a menudo quedan reducidos a la lógica que los medios imponen, con lo cual finalmente sólo en la medida en que se convierten a sí mismos en periodistas vicarios logran alcanzar alguna escucha y vigencia.

Por ello, la universidad está perdiendo peso y presencia en la sociedad, como muy bien constatará Santos (1999) en su libro *Pela mano de Alice*. La universidad está siendo retada en su vigencia, y lo peor de su situación radica en la falta de conciencia de dicho reto. Es notorio que si quiere sostener prestigio social e importancia en la definición de valores y orientaciones de la población, la universidad deberá abrir sustantivamente sus canales de relación con la cultura visual y con la sociedad en sus diferentes estamentos. De lo contrario, la corrosión de su legitimidad se seguirá dando, lenta pero inexorable.

El capitalismo financiero

Ya hablamos al comienzo de este texto sobre la mercantilización generalizada de la existencia a que ha llevado la globalización económica, en cuanto predominio del capital financiero (no ligado a procesos de

producción) y desaparición progresiva del rol regulatorio del Estado. Tal situación conlleva a su vez modificaciones en la conciencia de los sujetos sociales; y por supuesto en la de los universitarios, en tanto sujetos sociales que – en las ciencias del caso – son a su vez estudiosos de otros sujetos sociales.

Partamos de una tesis definida, propia del pensamiento materialista: la conciencia depende de las condiciones materiales, entendiéndose por tales –principalmente– las referidas a la forma social de organización de la actividad económica. Como Sohn Rethel (1980) explicara en su *Trabajo manual y trabajo intelectual*, los términos de la abstracción teórica están determinados por la forma abstracta de la mercancía en los procesos económicos. De tal modo, asistimos hoy a un tiempo en que la economía parece flotar en la virtualidad, pues los flujos monetarios son meramente electrónicos y su velocidad trasciende la de cualquier posibilidad humana. El dinero parece independizado de la formación de valor en el trabajo (“parece” independizado, por cierto no lo está ni podría estarlo), con lo cual la “roca dura” de la materialidad y del trabajo desaparece del campo de lo perceptible.

El efecto es aquello que en un libro con ese nombre, he denominado como configuración de *teorías débiles*. Un mundo *light*, plenamente acorde a las tendencias de lo posmoderno y del espacio massmediático, se desprende de la percepción producida por la actual conformación económica.

Por otra parte, la desaparición de las opciones frontales al capitalismo hace aparecer a éste fetichizado como si fuese una fatalidad histórica, un destino irrebasable de la humanidad. Ello ha llevado a muchos intelectuales y científicos sociales que anteriormente fueran representantes del pensamiento crítico, a perder sus anteriores referencias y asumir que sólo incluyéndose en el carro triunfal del capitalismo se podrían asumir en el derrotero de la historia. Esta verdadera des-historización del pensamiento, que toma el presente como si fuera eterno y el futuro como mera continuidad homogénea de ese presente, ha conllevado la aceptación lisa y llana de lo existente como si fuese lo único posible, con el esperable resultado de una caída de la crítica ideológica y de los criterios que la sostienen.

A la vez, se ha ido entrando en una especie de asunción de la mentalidad de mercado al interior de las ciencias sociales mismas, con lo cual la venta de servicios se ha hecho prioritaria por sobre los criterios académicos, los

efectos publicitarios han ganado espacio por sobre las explicaciones plausibles y los principios epistemológicos han sido a menudo reemplazados por decisiones guiadas por la capacidad para impactar rápidamente o seducir públicos académicos, especialmente estudiantiles.

Un caso de los más evidentes es el de la *interdisciplinariedad* o *transdisciplinariedad*, denominación que varía según los autores), cuyo auge está lejos de implicar una caracterización medianamente clara de qué se entiende por ella; apelación que abarca sorprendentemente el más amplio abanico de opciones tanto teóricas como ideológicas (desde el craso pragmatismo proempresarial de Gibbons (1997) en *La nueva producción del conocimiento*, a los desarrollos poscoloniales y pretendidamente politizados de *Teorías sin disciplina*).

Otro aspecto que le está ligado es la pérdida de referencia a la totalidad social, y el auge del pensamiento sobre fragmentos y parcialidades. El post-estructuralismo planteó estas cuestiones con Foucault (1981) y el primer Derrida (1978) en los años setentas; treinta años después parece que el tiempo no hubiera pasado, y la fragmentación social – que por su complejidad hace difícil el mapeo de la morfología de la totalidad – se ha filtrado en los análisis realizados por los científicos sociales, quienes no plantean lo social en su conjunto ni siquiera como un horizonte de inteligibilidad. De tal modo lo político estructural no puede ser pensado, y la fetichización e hipervaloración de los actores directos, los encuadres cualitativos y los “nuevos movimientos sociales” se hace patente. Incluso en el plano de la teoría de la educación, vemos florecer en los últimos tiempos devaneos retóricos que apelan a Deleuze y Derrida sin que necesariamente estos autores hayan sido comprendidos, poniéndolos fuera de sus respectivos ámbitos de eficacia discursiva (que remiten al espacio de la filosofía) y dando cuenta sólo de realidades subjetivas y microsociales que impiden la politización de la problemática y el cuestionamiento de los grandes determinantes estructurales de la educación.

Toda esta situación hace que cuando más necesitamos lograr relevancia de los intelectuales, menos la tenemos, pues ellos mismos están arrastrados por el movimiento que debieran ser capaces de describir, explicar y – en su caso – criticar. En vez de una toma sistemática de conciencia de la situación hacia la asunción de la iniciativa frente a la inercia histórica que va borrando a los intelectuales, tenemos que éstos participan de su propio

borramiento en tanto aparecen como impotentes para alejarse de las coordenadas hegemónicas de la situación creada por el capitalismo globalizado.

Santos (1996) apostaba en su *Introducción a una ciencia posmoderna* a lograr desde las universidades una “segunda ruptura epistemológica” que fuese capaz de llevar al conjunto de la población los hallazgos científicos, retraducidos a un lenguaje que los hiciera comprensibles, y de tal manera útiles para la orientación de la vida social. Sin dudas es una tarea a realizar, por cierto más fácil de enunciar que de plasmar, pero que tendencialmente resulta factible. Si esto se ensayara consecuentemente, sin dudas que la Universidad comenzaría su relegitimación ante una sociedad que crecientemente le da la espalda. Pero para que haya una segunda ruptura, sin dudas que tendría que haberse sostenido antes una primera. La noción bachelardiana de *ruptura* (1979) hace a un corte con el sentido común, un abandono sistemático de las aparentes evidencias cotidianas, un salto desde las representaciones sensoriales hacia el pensamiento abstracto y no-figurativo. Implica aquello propio de la noción moderna acerca de la ciencia, con las exigencias que ésta conlleva hacia el distanciamiento con el mundo de lo concreto en su *praxis* cotidiana. Pero una ciencia ganada cada vez más por los mecanismos mercantiles explícitos o implícitos, está dispensada de “regresar hacia el sentido común” como lo exige la idea de segunda ruptura: no necesita volver a ese mundo, porque nunca se ha mostrado capaz de apartarse de él. Y es en ese proceso que se advierte su impotencia y su límite.

Referências

- BACHELARD, Gaston. *La formación del espíritu científico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1979.
- BAUDRILLARD, Jean. *El otro por sí mismo*. Barcelona: Anagrama, 1988.
- BOURDIEU, Pierre. *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago et al. *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: Porrúa, 1998.
- DERRIDA, Jacques: *De la gramatología*. México: Siglo XXI, 1978.

- FOLLARI, Roberto: *Teorías débiles: para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales*. Rosario: Homo Sapiens, 2000.
- FOUCAULT, Michel et al.: *Espacios de poder*. Madrid: La Piqueta, 1981.
- GIBBONS, M. (Comp.). *La nueva producción del conocimiento: la dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*. Barcelona: Pomares/Corredor, 1997.
- HABERMAS, Jürgen. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1982.
- LIPOVETSKI, Gilles. *El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- MARX, Karl: *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- SANTOS, Boaventura de Sousa. *Introducción a una ciencia posmoderna*. CIPOST. Caracas: Univ. Central de Venezuela, 1996.
- _____. *Pela mano de Alice: o social e o político na pós-modernidade*. Porto: Afrontamento, 1999.
- SOHN RETHEL, Alfred. *Trabajo manual y trabajo intelectual: para una crítica de la Epistemología*. Bogotá: Del Viejo Topo, 1980.
- VATTIMO, Gianni: *La sociedad transparente*, Barcelona: Gedisa, 1991.

A retirada dos intelectuais

Resumo:

O processo crescente de mercantilização afeta a ciência, como demonstrado pela pretensão da OMC de declará-la serviço não regulamentável pelos Estados nacionais. Tal situação se coloca no âmbito da perda de peso da ciência e da filosofia em sociedades pós-modernas que rechaçam a fundamentação teórica, especialmente quando os jornalistas se convertem nos novos líderes de opinião. A abstração que o mundo financeiro estabelece na economia leva a uma desmaterialização do intelectual e ao abandono do conflito e do espírito crítico.

Palavras-chave:

Ensino superior. Intelectuais. Educação-Aspectos sociais. Ciência.

The retreat of intellectuals

Abstract:

Science is affected by the growth in commoditization, as can be seen by the attempt by the World Trade Organization to declare that services cannot be regulated by national governments. This situation is associated to the strong loss of influence of the sciences and philosophy in postmodern societies that reject foundations; as journalists become the new public opinion leaders. The condition of abstraction that financial sectors place on the economy, leads to a consequential de-materialization of the intellectual, with a consequential abandonment of conflict and critical positions.

Key words:

Higher education. Intellectuals. Social aspects of Education. Science.

Roberto A. Follari
Facultad de Ciencias Politicas y Sociales
Universidad Nacional de Cuyo
Parque G. Fral
San Martin, Mendoza (Rep. Argentina)
E-mail: robfollari@ciudad.com.ar

Recebido em: 10/02/2006
Aprovado em: 17/03/2006